

El Servicio Aceptable

NO. 1639

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 15 DE ENERO, 1882,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Por lo cual, puesto que recibimos un reino que es inconvencible, demostraremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor.”
Hebreos 12:28, 29.***

Como congregación, ustedes han estado empeñándose últimamente en el servicio de Dios, esforzándose por proveer un hogar para niños huérfanos. Yo me he quedado asombrado y estoy feliz por la liberalidad que ha sido manifestada por todo tipo de personas, en esta buena y misericordiosa obra. Me sentí algunas veces como aquel rey de tiempos antiguos que dijo: “¿Quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes?” Estoy seguro de que se han ganado con creces todos los encomios que sus semejantes cristianos puedan brindarles, pues la obra ha sido hecha tan bien y con tanta entrega, que todos nos podemos regocijar a una.

Pero ahora que todo eso ha terminado, surgen en mi mente solícitos pensamientos. Es sólo una pequeñez que ustedes y yo seamos aceptados entre nosotros mismos; el asunto de importancia es que seamos aceptados por el Señor. Yo, que sólo estoy a la puerta de la casa de mi Dios, no solamente apruebo, sino alabo con prodigalidad a mis compañeros siervos; pero ¿qué importa eso? El punto importantísimo es que el propio Rey diga: “Bien, buen siervo y fiel.” Nosotros no vemos sino los puros aspectos externos de las cosas, pero el grandioso Padre de los espíritus escudriña la mente y prueba el corazón de los hijos de los hombres, y juzga de conformidad a una norma más excelsa.

Por eso, he mirado este texto y lo he considerado con santa ansiedad, esperando que el Espíritu Santo induzca a cada uno de los que se hubieren involucrado en nuestra obra de benevolencia a que se examine a sí mismo, y juzgue su parte en esta obra de amor, para que enmiende cualquier falta que pudiera impedir que su trabajo sea un sacrificio de olor grato para el Altísimo. ¡De qué serviría que trajéramos nuestro sacrificio, pero que el Señor no lo mirara con agrado! Esto sería una repetición de la triste historia de Caín, de quien está escrito, “pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya.” Entonces, en verdad, nuestro semblante caería, pero confío que sería más por arrepentimiento que por rebelión. Si no fuese aceptado por el Señor, lloraríamos amargamente, y le pediríamos que la ofrenda por el pecado que yace a la puerta, esté disponible para nosotros. Lo más importante es que nuestra labor sea aceptable a Dios, y sobre ese tema voy a hablar esta mañana, según me capacite el Espíritu de Dios.

Muchas cosas son absolutamente necesarias para la aceptación de cualquier servicio rendido a Dios: de estas cosas, algunas no están descritas en el texto, pero son tan importantes que voy a comenzar por mencionarlas:

La primera es que la propia persona que intente servir a Dios debe ser acepta. El oferente ha de ser acepto él mismo en el Amado, pues si no lo es, su ofrenda se verá manchada por su condición y será inaceptable inevitablemente. La inmundicia de la persona contamina su sacrificio. Quien tiene un corazón impenitente, una voluntad que no ha sido renovada, una mente desobediente, una vida impía, podría cumplir con actos externos de devoción, pero el Señor les dice a los tales: “¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda.” El propio corazón ha de ser entregado a Dios, pues la ofrenda que proviene de un adorador pusilánime es una mera pretensión de homenaje al Altísimo.

Vigilen muy bien eso, mis queridos lectores. Dios dice: “Dame, hijo mío, tu corazón”: da todo lo que quieras después, pero el corazón debe ir al frente; esto es esencial. Que un traidor involucrado en una rebelión real presente un tributo al rey, constituye una burla; él debe someterse primero a su príncipe, y luego puede presentarse con su muestra de lealtad.

El siguiente elemento esencial es que, una vez que el acto sea llevado a cabo por una persona acepta, debe ser claramente realizado como para Dios. Nuestro texto habla de servir *a Dios*. Ay, mucho se hace que en sí mismo es externamente encomiable, pero no es aceptable para Dios, porque no es hecho para Él, ni con una mira para Su gloria. Algunos, como los fariseos de antaño, dan limosna motivados por la ostentación; tocan la trompeta delante de ellos para poder recibir la alabanza de los hombres. ‘De cierto os digo que ya tienen su recompensa.’ Algunos son muy dinámicos en la santa obra movidos por la emulación, para poder sobrepasar a otros, y poder recibir crédito por una habilidad y bondad que son superiores. Como Jehú claman: “Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová.”

Ahora, en tanto que busquen en esto su propia honra y no la gloria de Dios, no pueden ser aceptados por Él. Son mucho mejor las dos blancas echadas en el arca sin que nadie observe excepto el grandioso Maestro, que toda la riqueza que pudiéramos ofrecer si presentáramos la ofrenda con un doble propósito. Si queremos servir a Dios debemos olvidar el yo. Tiene que existir el deseo específico de obedecer y honrar al Señor, y no debemos actuar como para agradar a los hombres, o trabajar como para nuestra propia exaltación; de otra manera el Señor aborrecerá nuestra ofrenda.

Y hemos de cuidar que todo esto sea hecho con fe en Cristo Jesús, pues es una ley de observancia universal en el reino de los cielos que “sin fe es imposible agradar a Dios.” “Si entregase mi cuerpo para ser quemado, no tengo amor”—dice Pablo—“de nada me sirve”; y lo mismo puede decirse en relación a la fe. El que no cree en Dios pero pretende ser religioso, es manifiestamente ya sea un engañador o un engañado: así como

el incrédulo ya es condenado, su servicio sólo puede ser el de un condenado, y, ¿cómo podría agradar al Señor? Debemos llevar nuestra ofrenda a Jesús, nuestro grandioso Sumo Sacerdote, y Él debe presentarla por nosotros, pues sólo por medio de Jesucristo puede ser aceptable a Dios.

Habiendo mencionado estas cosas, ahora me limito al propio texto, que contiene un mundo de solemnes pensamientos que escudriñan el corazón, con relación al servicio aceptable de Dios.

I. Y, primero, de acuerdo al apóstol, si hemos de servir a Dios aceptablemente, debe ser **BAJO UN SENTIDO DE NUESTRA INMENSURABLE OBLIGACIÓN PARA CON ÉL.** Miren, “así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.” Vean, hermanos, que cualquiera que fuera el servicio que rindamos a Dios, hemos de comenzar por ser receptores. Nuestro primer trato con el Altísimo no ha de ser que le traigamos algo a Él, sino que aceptemos todo de Él. Nosotros recibimos, y esa es la primera etapa; y yo creo que también es nuestra última, pues si somos alguna vez capaces de servir al Señor con nuestros dones, hemos de confesar que “de lo recibido de tu mano te damos.”

Cuando tengamos el privilegio de arrojar nuestras coronas delante del trono de Emanuel, serán coronas que Él mismo nos otorgó por Su propia gracia soberana. Cada himno que se eleva de los santos perfeccionados no es sino un eco del amor todopoderoso. Ellos lo aman porque Él los amó primero. Ellos son primeramente receptores, y luego, como cauces saturados por el manantial, desbordan sus contenidos. Primero, recibimos gracia, y entonces devolvemos el servicio: el santo servicio es un don de principio a fin.

Entonces, al acercarnos a Dios, debemos recordar lo que hemos recibido de Él; ¿y no es maravilloso que esté escrito, “recibiendo nosotros un reino”? ¡Qué don se recibe! Este es un don divino; hemos recibido, no la pensión de un indigente, sino un reino: “un reino inconmovible.”

La antigua dispensación o reino ha pasado; sus leyes ceremoniales han sido abrogadas, y su propio espíritu ha sido remplazado por un espíritu más elevado, y hemos entrado en otro reino, en el que el principio rector no es la ley, sino el amor. No estamos bajo el yugo de Moisés, sino que somos los súbditos del Rey Jesús, cuyo yugo es fácil y ligera su carga. El reino de Jesús no tendrá fin mientras dure el tiempo, pues Él es el Rey Eterno e inmortal; tampoco Sus leyes serán cambiadas, ni Sus súbditos perecerán. Hasta aquel día en que entregue el reino a Dios, al Padre, y Dios sea todo en todo, Jesús ha de reinar: y aun cuando el reino terrenal de mediación sea consumado, el reino de Dios, el reino del cielo continuará para nosotros, y todavía seremos sus súbditos y ciudadanos. Hemos recibido un reino eterno, y por esto debemos estar eternamente agradecidos. Las sombras se han desvanecido, pero la sustancia permanece: nos hemos levantado de los tipos del judaísmo a Su reino, y por medio de Él nos han llegado la gracia y la verdad.

Este estado evangélico permanece; por encima del descalabro de todas las cosas, permanece, y las puertas del infierno no prevalecerán contra él. Nuestro es el reino de Jesucristo, en el que el Evangelio es la ley, los

creyentes son los súbditos privilegiados, y la gracia y la gloria son los ingresos; un reino que crece diariamente en brillantez, un reino que consumará su gloria en el mundo eterno cuando Cristo haya puesto a todos los enemigos bajo Sus pies, y Su pueblo reine con Él por siempre y para siempre.

“Pero”—dirás tú—“nosotros no hemos *recibido* este reino todavía.” Yo respondo que lo hemos recibido en un sentido: lo hemos recibido, primero, en la *promesa*. Nuestro Señor dijo: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí.” “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.”

Ahora, con la palabra de un hombre, si se tratara de un hombre de honor, nos contentamos: consideramos su ‘vale’ como el equivalente de oro que él promete pagar. Si pone Su mano en una promesa, la pasamos de mano en mano, considerándola como la cosa misma que promete. ¿Acaso no consideraríamos todavía de mayor peso la palabra de Dios? La promesa de Dios es tan firme, tan segura, tan verdadera, que en tanto que Él ha prometido un reino a todos aquellos que esperan la aparición de Su Hijo, ese reino es nuestro, y por fe lo asimos esta mañana. Bendito sea el Señor porque hemos recibido un reino. Adorémosle en el espíritu de agradecimiento que una tal bendición debería provocar.

Y más que esto, lo hemos recibido en sus *principios*, pues está escrito “he aquí el reino de Dios está entre vosotros.” Así como la flor más bella permanece envuelta dentro de la semillita reseca y sólo necesita tiempo y sol para desarrollar toda su belleza, así la perfección, la gloria, la inmortalidad y la bienaventuranza indecible, yacen dormitando ocultas dentro de la gracia que Dios ha dado a todo Su pueblo. “Todo aquel que en él cree tiene vida eterna.”

La vida del cielo comienza dentro del creyente, está germinando, se está desarrollando diariamente, y en el tiempo de Dios llegará a su absoluta perfección. Tenemos el reino dentro de nosotros: ‘no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo’. El Espíritu de Dios dentro de un hombre es las arras del cielo, y una fianza es de la misma naturaleza que aquello que garantiza. Los que somos nacidos a Dios tenemos las primicias del reino de Dios al poseer el Espíritu que mora en nosotros; y en las primicias vemos la cosecha completa.

Estén a la altura de esto, hermanos míos, y bajo un sentido de su inmensurable deuda, salgan y sirvan a su Dios con gozoso agradecimiento. Este es el espíritu en el que se ha de adorar al Señor que nos ha dado el reino.

Además, en una medida, hemos recibido este reino en el *poder* suyo. Noten que el texto no dice que hemos recibido un pequeño señorío, un pequeño estado, una escasa porción, sino que hemos recibido un reino. Ningún don menor que esto podría contentar al grandioso corazón de nuestro Padre celestial. Él nunca se detiene a medio camino en Su marcha de misericordia. Primero nos hizo Sus súbditos, luego Sus hijos, después Sus herederos, y aquí nos hace reyes; pues todo heredero de Dios es heredero forzoso de un trono. “Nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Hermanos, en la gracia que Dios les ha dado, ustedes recibieron una medida de poder real: los que han creído en Jesús tienen poder sobre sí mismos, poder sobre sus pasiones, poder sobre los poderes del mal, poder en cierta medida sobre sus semejantes para su bien. También tienen poder en la oración, y qué poder tan real es ese, cuando un hombre puede pedir lo que quiera y le será hecho. Dios los ha dotado de poder de lo alto, dándoles la presencia permanente del Espíritu Santo. Así han recibido un reino en promesa, en principio y en poder.

Además, han recibido mucho de *la provisión y protección* de ese reino. Ustedes que son hijos de Dios, no son dejados en poder del enemigo, sino que siendo redimidos, el Señor es una pared de fuego que les rodea enteramente. Están guarnecidos con fortaleza angélica, son conducidos por sabiduría inagotable. La plena suficiencia de Dios es su tesorería. El Señor ha dicho: “No quitará el bien a los que andan en integridad.” Este es un privilegio real de ilimitada liberalidad. “Porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, todos es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.”

¡Qué provisión real es apartada así para ustedes! “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” Todo está concertado para nuestro beneficio.

Había dos hermanos: uno de ellos había estado diligentemente enfocado a su negocio mundano, en detrimento de la verdadera religión. Él tuvo éxito en acumular considerable riqueza. El otro hermano era diligente en el servicio del Señor, y había aprendido a distribuir a los pobres, y por motivos de conciencia había desaprovechado oportunidades de ganancia, de tal manera que cuando se encontraba enfermo y moribundo, estaba en circunstancias de suma estrechez. Su hermano no dejaba de censurarlo, haciéndole ver que si no hubiese sido por su religión, no habría tenido que depender de otros. Con gran calma, el hombre piadoso replicó: “¡tranquilo! ¡Tranquilo! Oh Tom, yo tengo un reino que no ha comenzado, y una herencia que todavía no he visto.”

Hablando de guardar para el día lluvioso: nosotros tenemos infinita bondad almacenada para aquellos que temen al Señor, y nadie puede robárnosla. Todo hijo de Dios es como David cuando Samuel lo ungió para un trono. Tiene un reino futuro, garantizado por un pacto de sal.

Este reino que hemos recibido, nos ha llegado por gracia únicamente. Nosotros no habríamos podido ganarlo, o merecerlo, o alcanzarlo por nuestra propia fuerza, sino que el Señor nos lo ha dado en Cristo Jesús. Él ha tomado al mendigo del muladar y lo ha colocado entre príncipes. Él nos ha levantado de la ruina de la caída y nos ha redimido de la miseria de nuestros días de impiedad, y nos ha enriquecido con todas las bendiciones espirituales en Cristo Jesús: ¿no habremos de servirle movidos por la gratitud por tan inestimables beneficios? Ningún chasquido del látigo nos impulsará a Su servicio, pues no hemos recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor. Ningún temor al infierno, y nin-

guna esperanza de merecer el cielo nos conducirán a agradar a nuestro Señor. No, sino que más bien este será nuestro cántico—

***“Amado por mi Señor, por Él otra vez
Con intenso amor ardo:
Elegido por Él antes de que el tiempo comenzara
Yo lo elijo a Él en reciprocidad.”***

La gratitud es la única fuente de un servicio aceptable; sin ella, las corrientes están demasiado contaminadas para fluir en el paraíso de Dios.

Una gran medida del esplendor de nuestro reino radica en esto: que es un “reino que es incommovible.” Otros reinos son aniquilados tarde o temprano. Ustedes y yo que estamos en la mitad de nuestras vidas, podemos recordar reinos que han sido derribados por el viento, o se han venido abajo al golpe de espada de un hombre valiente. Imperios que han rivalizado en fortaleza aparente con el de César, han sido barridos como telarañas. Como casas construidas con naipes, así han caído las dinastías para no levantarse jamás.

Hubo un año en el que nuestro gran caricaturista dibujó a reyes y a príncipes en alta mar subidos en pequeñas barquillas, sacudidos de un lado a otro por las olas salvajes de la revolución. Tan frágil era su posesión del poder en aquel momento. Incluso ahora, se los garantizo, el último oficio que yo elegiría sería el de emperador en cualquier país: un hombre muy bien podría preferir tomar el puesto de un común barrendero de las calles, antes que elegir ser un rey, o incluso un presidente. En cuanto al Imperio de Rusia, ¿quién podría aspirar a sus honores mortales? Si quienes merecerían el castigo más severo imaginable por horribles crímenes fueren forzados a ser autócratas, sería un castigo demasiado pesado para ellos. ¿Cuál no será la tensión sobre la mente, el constante miedo, y el terrible desasosiego de un hombre que tiene él solo el control de millones, y tiene mortales enemigos siguiéndole la pista?

¡Gloria a Dios porque nuestro reino no puede ser conmovido! Ni siquiera la dinamita puede tocar nuestro dominio: ningún poder del mundo, ni ningún poder del infierno, podrían hacer vacilar al reino que el Señor ha dado a los santos. Con Jesús como nuestro monarca, no tememos ninguna revolución ni ninguna anarquía: pues el Señor ha establecido este reino sobre una roca y no puede ser conmovido ni quitado. Cuando el sol y luna se conviertan en tinieblas y cuando las estrellas caigan como hojas marchitas del otoño, el reino en el que nos regocijamos gozará de prosperidad perpetua, como está escrito, “Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones.”

Recibiendo tal reino, ¿qué estamos obligados a hacer? Yo desearía atarlos con cadenas de plata y sujetarlos firmemente a su Señor. Yo abrocharía nuevamente estas ligaduras de seda sobre ustedes para atarlos a su Dios. Ustedes han recibido un reino. No podrían restituir nunca la millonésima parte de lo que deben. Hoy, sin embargo, que el dulce amor de Cristo los constriña a juzgar que si Él los hizo reyes a ustedes, les corresponde de todo corazón coronarlo como Rey, y si Él les ha dado un reino que no puede ser conmovido por ustedes, a ustedes les corresponde estar “firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre.”

¿Acaso no es un espléndido pensamiento que cuando hacemos cualquier cosa para Dios, aunque sólo sea el simple ofrecimiento de una oración, o ayudar a un niño huérfano, podemos hacerlo con toda la santa dignidad de sacerdotes y de príncipes? Un cierto grupo de hombres se arrojan en exclusiva el título de sacerdotes, y así niegan el sacerdocio de todo creyente. En esto actúan como Coré, Datán y Abiram, colándose en un oficio que no les pertenece, y estorbando a los verdaderos sacerdotes del Dios viviente. ¿Acaso no ha dicho el Señor a todo Su pueblo: “Vosotros sois real sacerdocio”? En cuanto a cualquiera que reciba un supuesto sacerdocio por la imposición de manos de los obispos, no sabemos nada de ellos excepto que en verdad yerran, desconociendo la verdadera dignidad de cada creyente: se inmiscuyen en este sacerdocio en tanto que pretenden poseer un poder sacerdotal más allá del más pequeño hijo de Dios, pues todos los que creen en Jesús son hechos en este día sacerdotes para Él. Con qué sagrada regularidad y santo cuidado hemos de servir a Dios, porque no le servimos como personas comunes, si en verdad estamos en Cristo, sino que le adoramos como sacerdotes y reyes.

Uno de nuestros primeros reyes sajones fue transportado río abajo por Kenneth de Escocia y otros siete reyes vasallos, y cada uno empujaba un remo mientras su señor estaba recostado con gran pompa. El Rey de reyes hoy es servido por reyes; cada persona, cada mujer entre nosotros es convertida a la realeza por el propio hecho del santo servicio. ¡Trabajemos para Dios no como esclavos, sino como reyes!

Ay, yo confieso que algunas veces no he servido al Señor como un rey: me he puesto encima el traje raído de mi incredulidad, y he venido aquí lamentándome y gimiendo cuando debería haber llevado vestiduras reales y debería haber servido a mi Señor con gozo y alegría.

Algunos de los propios santos de Dios olvidan lo que son, y acuden a Su servicio como si se tratase de un trabajo pesado y de una penosa faena, trabajando como si fuesen galeotes, y no se gozan como príncipes que sirven a un gran Rey.

Hermanos, la elevada dignidad suya debería alegrarlos, y deberían desempeñar el servicio del Señor con un intenso deleite, debido a lo que Él ha hecho por ustedes. Ha de ser el cielo en la tierra que se le permita a uno hacer algo por Jesús. “Por lo cual, puesto que recibimos un reino que es incommovible, demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable.”

II. Hay mucho material sobre el cual podemos reflexionar en la primera cláusula, pero ahora debo proceder a mi segundo punto. Un servicio aceptable ha de ser prestado a Dios EN EL PODER DE LA GRACIA DIVINA. ¿Qué dice el apóstol? “Demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable.”

Observen, entonces, que el servicio aceptable a Dios no es ofrecido en el poder de la naturaleza, ni siquiera de la naturaleza en su mejor manifestación, cuando la llamamos naturaleza buena y filantropía; en el servicio de Dios todo debe ser el fruto de la gracia.

Ustedes han de servir al Señor, no en la fortaleza de su propio ingenio, o experiencia, o talento, sino en la energía de la nueva vida que Dios les

ha dado, y en el poder de la gracia que les es otorgada continuamente, cada momento, conforme la busquen del Señor. “Demostremos gratitud,” dice el apóstol. Yo sé que algunas veces ustedes dicen, y dicen en verdad: “qué pobre criatura soy, ¿cómo puedo servir a Dios? No tengo este ni aquel don.” Precisamente se trata de eso, que no trates de servirle en el poder de un don. Pide gracia, y entonces adórale en el poder de la gracia. Es maravilloso cómo la gracia puede hacer uso de dones muy enclenques, y volverlos muy productivos. Es la gran gracia la que honra grandemente a Dios; y la gran gracia ha de recibirse siempre por el más pequeño entre nosotros. Tal vez no seas nunca un orador, pero puedes recibir grande gracia. Tal vez no seas nunca un organizador ni tomes la delantera entre tus compañeros cristianos, pero puedes tener mucha gracia. Tal vez no alcances nunca una vasta fortuna que te permita distribuir liberalmente de tu riqueza a los pobres, pero puedes tener grande gracia. Por tanto, hemos de tener gracia para que podamos servir a Dios aceptablemente.

Me gustaría tomar estas palabras fuera de su texto, y colgarlas como nuestro lema como iglesia: “DEMOSTREMOS GRATITUD.” Nuestra oración ha de ser esta: aparte de cualquier otra cosa que no tengamos, Señor, concédenos gracia. Si este o aquel instrumento de utilidad nos es negado, hemos de tener gracia, gracia en nuestros corazones, gracia en nuestra conversación, gracia en nuestras vidas, gracia en todo momento.

Un verdadero cristiano ha de ser como Aarón, que tenía el santo óleo no únicamente sobre su cabeza, sino también sobre el borde de sus vestiduras. Incluso en nuestras pequeñas cosas, en nuestra vida en la cocina, en nuestra vida en la sala de la casa, algo del buen óleo ha de estar sobre nosotros. Nuestra necesidad es gracia abundante.

Ahora, queridos amigos, ¿han estado tratando de servir a Dios en el poder de la gracia, o en el poder de la naturaleza? Revisen muy bien eso. Dios únicamente acepta la gracia; ¿puede aceptar el trabajo de ustedes?

En las notas marginales de nuestros Testamentos—me refiero a los de la versión autorizada, que nunca será hecha a un lado por la así llamada versión revisada—en la nota marginal de la versión autorizada leemos “debemos aferrarnos a la gracia.” Ese es otro lema que quisiera dar a esta iglesia, “MANTEGAMOS FIRME LA GRACIA.” Encontrar la gracia es un acto; mantenerla firme es hacer el acto perpetuo y el estado continuo. “Mantengamos firme la gracia.”

Existe tal cosa como servir a Dios y perder gracia mientras lo hacemos. Se pueden volver como Marta, preocupados acerca de su servicio, y podrían estar molestos con María porque no trabaja como lo hacen ustedes, sino que preserva su comunión celestial. Es fácil tener tanto que hacer por Jesús que lo pierdas en medio de tus cuidados. Es posible estar ocupado aquí y allá, y perder la esencia del servicio por no aferrarse a la gracia. Oh, sumergir nuestro pie en óleo, de tal forma que cada paso contenga unción, y en cada movimiento nos aferremos a la gracia.

Ahora pueden mirar la nueva versión si quieren, y en el margen encontrarán otra lectura que es permisible aunque no contiene gran certeza. Allí leemos: “tengamos gratitud.” Esa grandiosa palabra *charis* o “gra-

cia” puede ser traducida “gratitud,” y es en un espíritu de gratitud que debemos servir a Dios. Ustedes han recibido un reino, por tanto sirvan a Dios en el espíritu de gratitud. Hagan todo porque sienten que han de hacerlo puesto que una infinita cantidad de amor ha sido prodigada en ustedes.

Nadie le sugirió a la santa mujer en los evangelios que quebrara el vaso de alabastro y lo derramara sobre la cabeza de Jesús; fue idea suya y fue un acto suyo. Incluso nadie la alentó a hacerlo: algunos incluso la miraban con desdén cuando ella vertía el precioso perfume, pero ella lo hizo todo por Jesús; ella amó mucho, porque mucho le había sido perdonado. Este es el verdadero espíritu de servicio. ¡Dios, manténnos siempre llenos de él! ¡Que tengamos gracia! ¡Aferrémonos a la gracia! Y en el poder de estas tres frases seremos ayudados a “ofrecer a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia.”

III. Pero ahora, en tercer lugar, hemos de avanzar otro paso. Para “servir a Dios aceptablemente” DEBEMOS HACERLO CON REVERENCIA. Estas dos palabras en el texto están muy mezcladas en las diversas lecturas, y es casi imposible dividir con precisión el sentido entre ellas; pero, sin embargo, pienso que daré el sentido pleno si no le asigno una debida proporción de significado a cada palabra por separado.

El servicio o la adoración aceptables a Dios deben hacerse con “reverencia.” La palabra, de acuerdo al Obispo Hopkins, quiere decir una santa modestia. Los ángeles velan sus rostros con sus alas cuando adoran al Altísimo, y nosotros debemos velar nuestros rostros con humildad. Los ángeles sienten su propia pequeñez cuando están delante de la presencia del formidable Ser supremo.

Ustedes y yo, que somos mucho menos que los ángeles, y que hemos pecado, deberíamos estar cubiertos de rubor cuando venimos delante de Dios. Nuestro corazón debería estar lleno de asombro porque somos llamados a este excelso privilegio, aunque seamos tan indignos de él. Cada uno de nosotros ha de sentir, “el Señor me ha hecho rey; ¡pero qué maravilla es que este acto sea obrado en mí! ¡Oh, que yo haya sido llamado jamás a un estado tan noble como este!”

Si alguna pobre muchacha fuese llamada súbitamente a alejarse de la cubeta de leche y a ser alzada de la pobreza y de la dura servidumbre para ser la esposa de un príncipe, el simple pensamiento de ello le provocaría rubor en sus mejillas. “¿Podría ser?” diría; y puedo imaginar que cuando fuese llevada a la corte, habría en ella una timidez y un apocamiento visibles.

Una modestia santa así debería estar presente en nosotros siempre que estamos delante del Señor para ministrarle. ¿Acaso no está escrito, “Para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca”? Nos sonrojamos por ser tan altamente favorecidos, no por causa de un temor servil de Dios, sino como producto de un sobrecogedor sentido de Su amor indecible.

Esta reverencia, esta modestia, deberían sobrevenirnos cuando recordamos lo que éramos. Cuando se ponen de pie en una reunión de oración y oran, queridos amigos, algunos de ustedes no pueden impedir re-

cordar el tiempo cuando podían jurar o cantar una canción cuestionable. Ustedes son aceptados entre los hermanos, y honrados por ellos, pero hubo un tiempo cuando se juntaban con muy diferente compañía: ¿acaso no se sonrojan cuando piensan en ello? Y no solamente pueden pensar en lo que eran sino en lo que son; porque incluso ahora, aunque Dios los favorece permitiéndoles que le sirvan, ustedes saben qué mal se esconde en ustedes. Un verdadero infierno de corrupción radica en el interior del mejor de los santos; y si la gracia de Dios no lo restringiera, pronto sería encontrado entre los peores pecadores.

Además, la vergüenza debería ser generada no solamente por el pensamiento de lo que podrían ser, sino por el espectáculo de su mismo servicio. Tal vez sus semejantes estén diciendo: “eso está bien hecho”; pero ustedes regresarán a casa y lamentarán internamente, diciendo: “ah, ellos no conocen mis faltas. Poco saben acerca de los viles motivos que aparecieron inesperadamente cuando yo estaba tratando de glorificar a mi Dios.” “Ese fue un sermón muy bueno,” le dijo alguien al señor Bunyan. El buen hombre respondió: “llegaste tarde, el diablo me dijo eso antes de abandonar el púlpito.” El archienemigo sugiere pronto a los siervos de Dios alguna noción altiva, y entonces son tentados a apropiarse el honor que pertenece únicamente a Dios.

¡Ah, cuán necio soy, pues aun cuando busco ser el más pequeño a los pies de mi Señor, me descubro satisfecho con mi humildad! Con demasiada frecuencia más bien remedamos a la humildad en lugar de alcanzarla realmente. Además, debería sonrojarnos siempre cuando pensamos en la dignidad del servicio al que somos llamados; pues ¿qué somos nosotros y qué es la casa de nuestro padre, para que el Señor nos haya traído a esto? ¡Siervos de Dios! Ustedes, Caballeros de la Nobilísima Orden de la Jarretera (1), ustedes príncipes de sangre real, ¿qué son todos sus honores terrenales, cuando son comparados con la santa dignidad de siervos del Altísimo? ¡Oh, que en el espíritu de humilde gratitud sirvamos siempre al tres veces Santo!

IV. La otra expresión es “con temor”; y esto sugiere que hemos de servir a Dios EN EL ESPÍRITU DE UNA SANTA ALEGRÍA. ¿Qué tipo de temor es este? Observen que el temor contiene un tormento que el amor perfecto echa fuera, pero no así este temor piadoso, que es muy consistente con nuestro gozo al recibir un reino. Entre más tengamos de este temor piadoso, será mejor para nosotros. Debemos tener temor de ofender al Señor aun cuando lo estamos sirviendo; temor de que el sacrificio no esté manchado, y por tanto, que sea rechazado en el altar; temor de que haya algo en nuestro espíritu y carácter que contriste al Señor. Él es un Dios celoso y ha de ser servido con santa diligencia. ¡Oh, que tengamos más cuidado!

Yo no sé cómo sienten mis hermanos que afirman ser perfectos, pero yo estoy obligado a confesar que queriendo yo hacer el bien el mal está en mí, y que aunque quiero servir a Dios como un serafín sin ningún pensamiento descarriado, y sin ningún deseo egoísta, sin embargo, de ninguna manera alcanzo este logro. Prosigo a la meta, y espero alcanzarla, pero en el momento presente está lejos de mí.

Oh, hermanos y hermanas, debemos tener en nosotros mucho temor piadoso, porque con suma facilidad podemos ofender al Señor cuando creemos que estamos agradándole. Tengan cuidado del arrojo presuntuoso delante de Dios. No hemos de ser precipitados en nuestro lenguaje, y mucho menos rudos y burdos. Yo sé que algunos modos de adoración que ofenden a *mi* gusto, podrían ser, sin embargo, aceptables para Dios, porque Él ve a través de la áspera cáscara, y juzga de acuerdo a la dulce semilla carnosa; sin embargo, me temo que un servicio descuidado, jactancioso y ruidoso debe ofender al Señor, pues es tan disímil del servicio que fue ofrecido por Su gentil, tierno, y bienamado Hijo. Si Cristo es el modelo que pone ante nosotros, muchos están muy lejos de la meta. De cualquier manera, no adoptemos nunca protervamente un amaneramiento extravagante y ruidoso; pues aunque seamos los hijos del Señor, y estemos muy cerca de Él, Él está en el cielo y nosotros estamos en la tierra; Él es el tres veces santo, y nosotros somos pecadores. El Salmista dice: “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor.”

Hay otra forma de temor piadoso que viene a veces a cada cristiano genuino: el temor que, después de todo, no esté sirviendo a Dios en absoluto. ¡Qué si yo he predicado a otros y después de todo esté predicando porque es mi vocación! ¡Qué si están enseñando en la escuela dominical, y lo estén haciendo sólo porque es una costumbre que la gente que profesa como ustedes tenga que hacer alguna obra!

Mis queridos hermanos, no me corresponde a mí dudar de ustedes, y no dudo de ustedes ni la mitad de lo que dudo de mí mismo, pero es necesario que nos cuestionemos en lo referente a si somos en verdad los siervos de Dios, o si más bien estamos viviendo para nosotros.

Sabiendo que Dios ha de ser servido a Su propia manera, y únicamente de esa manera, debería haber un temor reverente en lo relativo a si estamos caminando en Sus ordenanzas o estamos siguiendo las tradiciones de los hombres. A Dios no le importa la adoración que nunca ha requerido de nuestras manos. Si un hombre inventa una ceremonia, podría considerarla útil e instructiva; pero no tiene el derecho de practicarla si Dios no la ha establecido. Si cualquiera de ustedes está practicando ritos y ceremonias que no van acordes con la palabra de Dios, le exhorto a que cese tal adoración arbitraria, pues el espíritu que lo conduce a practicar estas cosas es el espíritu de Roma, y del anticristo. Si Dios no lo ha mandado, Dios no puede aceptarlo.

No solamente hemos de adorar únicamente al verdadero Dios, que es la ley del primer mandamiento; sino que hemos de adorar al verdadero Dios de la manera que Él establece, que es el espíritu del segundo mandamiento. El segundo mandamiento, al tiempo que prohíbe toda adoración de Dios a través de imágenes, en su espíritu también prohíbe toda adoración de Dios de cualquier otra manera que Él no haya prescrito.

Por tanto, cuando estés delante del Señor, hazte la pregunta: “¿requirió Él este servicio de mí? ¿Es esta la manera en la que Él quiere ser adorado?” Pues si no, no es nada mejor que idolatría, y no puede ser aceptado por el Dios viviente. ¡Oh, qué temor y temblor, qué temor solemne,

qué cuidado sagrado deben dominar al hombre que se acerca para servir y adorar al Señor nuestro Dios!

V. Ahora, por último, hay otra cosa que debe recordarse en los servicios aceptables. Hemos de cultivar UN PROFUNDO SENTIDO DE LA SANTIDAD DIVINA y de la ira de Dios en contra del pecado, “Dios es fuego consumidor.”

Observen, entonces, partiendo de esta frase sumamente solemne, que el Dios del Antiguo Testamento es el Dios del Nuevo Testamento. Lean Deuteronomio 4, en el versículo veinticuatro, y allí encontrarán estas palabras: “Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso.” Las mismas palabras describen al Dios del Nuevo Testamento.

Yo sé que la celebrada sabiduría de la época nos dice que hemos hecho un gran avance sobre la revelación del Antiguo Testamento. No es así. Podemos entender el Libro un poco mejor, pero la revelación es la misma. Dios tiene el mismo carácter como en los días de Moisés, y de David, y de los profetas. El Señor Dios que ha de ser servido por nosotros, incluso como nuestro Dios del pacto, es un “fuego consumidor.” En amor Él es severamente santo, rígidamente justo. Oímos que hay gente que dice: “Dios, fuera de Cristo, es un fuego consumidor,” pero esa es una infundada alteración del texto. El texto es “nuestro Dios,” esto es, Dios en Cristo, es un fuego consumidor. “Nuestro Dios” quiere decir Dios en el pacto con nosotros; quiere decir que nuestro Padre Dios, nuestro Dios con quien estamos reconciliados, Él, nuestro Dios, es todavía un “fuego consumidor.”

Una gran proporción de cristianos nominales no cree en este Dios. Ellos profesan reverenciar a un Dios misericordioso, pero en el momento en que predicas Su justicia, se indignan; el Dios que es un fuego consumidor no es aceptado por este altivo “siglo diecinueve.” Yo declaro muy solemnemente en este día mi fe en el Dios de los hebreos, que no pasará por alto de ninguna manera al culpable. El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob es el único Dios, y yo declaro en este día que Él es mi Dios. Jehová es el Santo de Israel, el Dios de toda la tierra será llamado Él. El que hirió a Faraón junto al Mar Rojo, el que destruyó a muchas naciones, y mató a reyes poderosos, es mi Dios, y yo creo en Él como el Dios y Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Yo no conozco a ningún Dios excepto al Dios de Abraham. Jehová, el YO SOY. Bajo el Nuevo Testamento Dios no es un ápice menos severo que bajo el Antiguo; y bajo el pacto de gracia, el Señor no es una partícula menos justo que bajo la ley. Somos salvados de tal manera por la misericordia que ningún pecado se queda sin castigo: la ley es tan honrada bajo el Evangelio como bajo la ley. La sustitución de Jesús manifiesta tanto la ira de Dios contra el pecado como lo harían las propias llamas del infierno.

El Señor es misericordioso, infinitamente misericordioso, y el pecado no vivirá delante de Él. Si la ofrenda de ustedes y la mía es mala, será una abominación para Él. Él es de ojos tan puros que no pueden contemplar la iniquidad; si nuestra adoración y servicio son mezclados con hipocresía y orgullo, Él no los tolerará. Ustedes se quedarán más bien

sorprendidos cuando diga que esta terrible frase es mi esperanza: es un gozo para mí que nuestro Dios sea un fuego consumidor. Contemplen dos altares sobre el Carmelo. Los profetas de Baal han colocado a su víctima sobre uno de ellos. ¿Los ven mientras andan saltando alrededor del altar, e incluso brincan sobre él? ¿Los oyen cuando claman a grandes voces y se sajan con cuchillos y con lancetas? ¡Baal, respóndenlos! ¡Baal, respóndenlos! Allí se encuentra el sacrificio: no hay evidencias de que Baal los esté oyendo, pues su dios no es un fuego consumidor. Ahora viene Elías. “Derramad el agua”—dice—“sobre el holocausto. Hacedlo otra vez; hacedlo la tercera vez”; y ellos traen del mar grandes cántaros, y derraman el agua sobre todo hasta que la zanja se llena de agua. Y ahora el profeta eleva su oración al cielo. ¡Entonces cae el fuego! Es el sacrificio de Dios, y Dios lo acepta. Él es un fuego consumidor, y la señal de Su presencia es tan manifiesta que la gente clama: “¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!”

Vuelvan ahora sus ojos al templo de Salomón, suntuosamente recubierto con oro y piedras preciosas. El rey suplica al Señor de toda la tierra que acepte el santuario. He aquí, los sacerdotes están presentes vestidos de lino fino, y el sacrificio espera sobre el altar. Si no desciende fuego, no hay aceptación; pero leemos que “descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria de Jehová llenó la casa.”

Si yo soy un hombre verdadero y sincero, y creo en Jesús, y he traído mi humilde sacrificio con temor y reverencia delante de Dios, entonces será aceptado; pues Él es fuego consumidor, y mi sacrificio será consumido, y subirá hasta Él.

Podría ser que algunos de ustedes que han estado trabajando esta semana piensen en su interior: “lo hicimos muy bien, esperamos ser honrados por ellos.” Lo serán; pero si toman el crédito para ustedes mismos, estarán robando al altar de Dios. Si Dios acepta su sacrificio, todo él será consumido por Su fuego. Vean, el sacrificio aceptado ha desaparecido, está totalmente consumido.

Cuando Dios nos capacita para servirle, y quita de nosotros toda congratulación en nosotros mismos, hemos de estar muy agradecidos. Esto demuestra que todo está quemado por el fuego. Si Dios no lo hubiera aceptado, entonces podríamos tener porciones del sacrificio reservadas para nosotros, con las que alimentar nuestra vanidad, y eso implicaría alimentarnos sin miedo; pero si el Señor ha quitado cada bocado de la boca del ego, entonces tenemos gran motivo para regocijarnos. Si el Señor nos acepta, Su fuego nos consumirá; el celo de Su casa nos consumirá.

Cuando vayamos al Señor, al hogar de arriba, no temeremos Su presencia aunque sea un fuego consumidor. Aquellos a los que Él ha limpiado y emblanquecido, no tienen miedo de las llamas de Su santidad. ¿Recuerdan aquel bendito texto, “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto; el aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos

para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas.”

Será la gloria de los que han recibido misericordia y verdad, que Dios sea su elemento; será su bienaventuranza vivir en el pleno esplendor de Su perfecta santidad. Ellos serán semejantes a su Señor, pues le verán como es. Todo lo que es santo soportará el fuego, y en cuanto a todo lo que está en nuestro interior que sea impuro, ha de ser consumido rápidamente. Por tanto, sirvamos al Señor con temor, pero no con terror, y que este servicio sea continuado en todos nuestros días.

Traigamos los sacrificios de la semana pasada, con arrepentimiento por cada falta, suplicando humildemente que por Su gracia los acepte, y deseando sinceramente que todo lo que hemos hecho redunde para Su gloria por medio de Jesucristo Su Hijo, a quien sea le honor, por los siglos de los siglos. Amén

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Hebreos 12.

Nota del traductor:

- (1) El señor Spurgeon expresa: Knights of the Garter. Caballeros de la Nobilísima Orden de la Jarretera. Era una orden militar, creada por el rey Eduardo III de Inglaterra, con el propósito de enfocar esfuerzos para la conquista de la Tierra Santa.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1639—Volume 28

ACCEPTABLE SERVICE